

Entre la corrección étnica y las fases del proceso revolucionario: formas de lo nacional-popular en el marxismo de Álvaro García Linera

Between the ethnic correction and the phases of the revolutionary process: forms of the national-popular in the Marxism of Álvaro García Linera

Marcelo Starcenbaum*
 IdIHCS/UNLP-CONICET - Argentina
 mstarcenbaum@gmail.com

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es analizar las formas en las cuales se presenta el problema de lo nacional-popular en la obra de Álvaro García Linera. A través de un análisis de sus lecturas de los grandes movimientos de masas bolivianos y un seguimiento de las torsiones en su trayectoria como teórico marxista, damos cuenta de los modos en los cuales García Linera procesa lo nacional-popular en distintos momentos de su itinerario intelectual y distintas etapas de la historia boliviana. De esta manera recortamos un primer período en el cual la Revolución Nacional es censurada en nombre de una posición leninista y katarista, un segundo en el cual el proceso revolucionario de 1952 es abordado en términos ambivalente según una clave de lectura subalternista, y un tercero en el cual el desarrollo del *evismo* habilita un pensamiento en torno a las fases que caracterizan a los procesos políticos revolucionarios.

Palabras clave: Álvaro García Linera; Marxismo; Nacional-popular; América Latina

ABSTRACT

The objective of this paper is to analyze the ways in which the national-popular problem is presented in the work of Álvaro García Linera. Through an analysis of his readings of the great Bolivian mass movements and an interest in the changes in his career as a Marxist theorist, we look at the ways in which García Linera processes the national-popular at different moments of his intellectual itinerary and different stages of Bolivian history. In this way we analyze a first period in which the National Revolution is censored in the name of a Leninist and Katarist position, a second in which the revolutionary process of 1952 is approached in ambivalent terms according to a subaltern reading, and a third in which the development of *evismo* enables a thought around the phases that characterize the revolutionary political processes.

Keywords: Álvaro García Linera, Marxism, National-Popular; Latin America

*Doctor en Historia, IdIHCS/UNLP-CONICET

Recibido: 06/02/2019 Aceptado: 29/05/2019

RESUMO

O objetivo deste artigo é analisar as formas pelas quais o problema nacional-popular é apresentado na obra de Álvaro García Linera. Através de uma análise de suas leituras dos grandes movimentos de massa bolivianos e um interesse nas mudanças em sua carreira como teórico marxista, nós olhamos para as formas em que García Linera processa o nacional-popular em diferentes momentos de seu itinerário intelectual e diferentes estágios da história boliviana. Assim, analisamos um primeiro período em que a Revolução Nacional é censurada em nome de uma posição leninista e katarista, uma segunda em que o processo revolucionário de 1952 é abordado em termos ambivalentes de acordo com uma leitura subalterna e um terceiro em que o desenvolvimento do evismo possibilita um pensamento em torno das fases que caracterizam os processos políticos revolucionários.

Palavras-chave: Álvaro García Linera, marxismo, nacional-popular; América latina

I.

La obra de Álvaro García Linera constituye una de las pocas inflexiones latinoamericanas en la tradición marxista que asumieron de manera positiva el problema de lo nacional-popular. Entre los múltiples marxismos desplegados en la historia contemporánea del subcontinente, el de García Linera se ubica junto al de otros pensadores en una franja caracterizada por una articulación entre los elementos teóricos fundamentales de la tradición y la singularidad política de la región. Si bien la delimitación de los vínculos entre el marxismo y lo nacional-popular no es una tarea sencilla, podemos avanzar hacia una sistematización del problema reuniendo en un mismo espacio a un conjunto de análisis y reflexiones que se han caracterizado por el otorgamiento de un carácter positivo a lo nacional y lo popular. A diferencia de otras corrientes del marxismo latinoamericano, pero también de las posiciones abiertamente populistas y nacionalistas, este espacio teórico ha evitado esencializar dichos fenómenos, pero a su vez los ha considerado fundamentales para un pensamiento histórico y político sobre la región. Sin dejar de comprenderla en los marcos del desarrollo capitalista, la nación se presenta como un espacio clave para el análisis de las formas de dominación y la constitución de un sujeto político revolucionario. Sin desconocer la estructura de clases que lo atraviesa, lo popular constituye una noción insoslayable a los fines de dar cuenta de la particularidad de los sectores subalternos. Sin olvidar su función en una sociedad de clases, el Estado aparece como un marco relevante para el entendimiento de la politicidad de las clases dominadas. A su vez, resulta productivo pensar el análisis marxista de lo nacional-popular como un espacio en el que convergen tres grandes problemas teóricos y políticos. En primer lugar, la discusión alrededor de la particularidad del capitalismo latinoamericano, la cual tiende a alejarse del evolucionismo y atender los diferentes regímenes productivos de la región. Por otra parte, un procesamiento singular de la obra de Marx y el marxismo, orientado hacia los textos y las discusiones centradas en el problema de la nación y las particularidades de la práctica política en sociedades *atrasadas*. Por último, la importancia de la problemática gramsciana de lo nacional-popular, lo cual direcciona la reflexión hacia las cuestiones de la constitución del pueblo y la distancia entre intelectuales y sectores populares.¹

Al igual que en otros autores pertenecientes a este espacio, el vínculo establecido en la obra de García Linera entre el marxismo y lo nacional-popular está fuertemente condicionado por el desarrollo de experiencias históricas concretas. Así como la apertura del marxismo de José Aricó no puede ser disociada de los efectos del peronismo, la de René Zavaleta Mercado resulta incomprensible sin las consecuencias de la Revolución Nacional, y la de Armando Bartra sólo se vuelve inteligible a partir de las implicaciones del neocardenismo, la de García Linera también está estrechamente vinculada al despliegue de los movimientos de masas que marcaron la vida política de su país. Por un lado, al igual que Zavaleta Mercado, es el proceso impulsado por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) el que orienta los esquemas interpretativos marxistas hacia la problemática nacional-popular. Sin embargo, y aquí se revela la singularidad de su obra, este direccionamiento también está condicionado por el desarrollo del movimiento liderado por Evo Morales a comienzos del siglo XXI. Y, del mismo modo que otros autores que se esforzaron por desplegar una aproximación positiva de lo nacional-popular, este tipo de vínculo con las experiencias políticas de masas no es característico de la totalidad de la obra ni de la trayectoria de García Linera. Al igual que tantos otros, su formación en la tradición marxista-leninista propició en un primer momento una censura de la problemática nacional-popular.

El objetivo de este trabajo es analizar las formas en las cuales se presenta lo nacional-popular en el conjunto de la obra teórica y política de García Linera. El recorrido por sus trabajos se realizará teniendo como variables analíticas las dos dimensiones recientemente mencionadas. Es decir, por un lado, nos concentramos en los términos del análisis marxista de las dos experiencias nacionales populares bolivianas: la Revolución Nacional y el evismo. Por el otro, revisamos sus elaboraciones de manera diacrónica a los fines de evidenciar las torsiones que sufre el vínculo entre el marxismo y lo nacional-popular entre los dos polos de su trayectoria: la de la militancia katarista y la de la

1 Puede verse una versión ampliada de esta sistematización en Starcenbaum (2018).

vicepresidencia de la Nación. La implementación de estas dos variables analíticas nos permitirá recortar tres formas predominantes en las cuales se presenta lo nacional-popular en su obra. Una de ellas, en la que lo nacional-popular es objeto de una clausura derivada de esquemas de análisis leninistas y kataristas. Una segunda, en la que dicha problemática es habilitada a condición de resaltar su déficit en cuanto al problema étnico. Una tercera, finalmente, en la que lo nacional-popular es asumido plenamente a partir del despliegue contemporáneo de un movimiento de masas.

II.

En “El proletariado minero en Bolivia”, un texto publicado en 1978, Zavaleta Mercado introduce el término “matriz del ‘52” para referirse a la configuración social inaugurada en Bolivia a partir de la llamada Revolución Nacional. Según el boliviano, el proceso revolucionario de 1952 debía ser entendido como el momento fundacional de la historia contemporánea del país. Pensar la historia boliviana en clave de “matriz del ‘52” implicaba un análisis de la conformación y despliegue de las clases, el Estado y los partidos a partir de la singularidad del acontecimiento revolucionario. Si bien esta perspectiva se enmarca en las particularidades del trabajo de Zavaleta Mercado y adquiere sentido en un momento específico de su itinerario intelectual, la centralidad otorgada al proceso revolucionario de 1952 excede la singularidad de su obra.² Como ha destacado Luis Tapia (2012), la revolución encabezada por el MNR constituye la referencia central en las investigaciones sociológicas e históricas de la Bolivia contemporánea. En tanto se trata de un hecho que es producto de acumulaciones históricas, y que a su vez establece el horizonte para la historia posterior, la revolución de 1952 se volvió la matriz predominante de interpretación y caracterización histórica, política y sociológica. Es tal el peso de este esquema interpretativo que Tapia ha acuñado la categoría de “escritos sobre el ‘52” para referirse a un conjunto significativo de textos producidos por intelectuales bolivianos entre las décadas de 1950 y 1970.

A los fines de indagar en los rasgos de la obra temprana de García Linera, puede resultar ilustrativo ubicar su reflexión como una prolongación de la preocupación zavaletiana por comprender la historia boliviana en términos de “matriz del ‘52”. Si bien productiva, esta colocación debe estar acompañada de un conjunto de precisiones relativas a la particularidad del trabajo teórico y el trayecto militante del actual vicepresidente boliviano. Por un lado, el lugar central ocupado por el acontecimiento revolucionario en la reflexión de los intelectuales bolivianos cobra sentido a partir de la vinculación establecida por muchos de ellos con el proceso inaugurado en 1952. Como explica Tapia, quien cierra su análisis en la década de 1980, la mayor parte de los escritos centrados en la Revolución fueron producidos por sujetos interesados en disputar el sentido y la orientación del proceso político. García Linera, que nació en 1962 y escribió sus primeros trabajos a fines de la década de 1980, se nos presenta como una figura más descentrada con respecto al acontecimiento revolucionario que, por ejemplo, las de Marcelo Quiroga Santa Cruz, Sergio Almaraz o el propio Zavaleta Mercado. Por otra parte, el énfasis puesto por García Linera en el vínculo entre proceso revolucionario y cuestión indígena también tiende a distanciar sus reflexiones de las de otros intelectuales bolivianos. Si bien aquí también influye la variable generacional, esta singularidad está marcada fundamentalmente por su inscripción en una tradición intelectual y política específica. La matriz indianista de las aproximaciones del joven García Linera a los problemas de la Revolución Nacional también le otorga a estas reflexiones un carácter descentrado en relación a los otros “escritos del ‘52”.³

El lugar central ocupado por el proceso revolucionario se vuelve inteligible a partir de la constatación de sus efectos en la historia boliviana contemporánea. En los acontecimientos de 1952 se condensa tanto el proyecto de constitución del Estado nación moderno como la irrupción de los obreros y campesinos en la vida política. El trabajo de García Linera forma parte, junto al de otros intelectuales bolivianos, de un esfuerzo por comprender la Revolución Nacional en tanto proceso articulador de ambos proyectos políticos. Si tomamos como eje de análisis los modos a través de los cuales es representada la Revolución de 1952, la producción del joven García Linera puede a su vez ser dividida en dos etapas. En la primera de ellas podemos incluir los libros *Las condiciones de la revolución socialista en Bolivia*, *Crítica de la Nación* y *la Nación Crítica Naciente*, *De demonios escondidos y momentos de revolución*, y *Forma valor y forma comunidad*, todos ellos publicados entre fines de la década de 1980 y mediados de la de 1990. Desde una posición política e intelectual en la que abrevaban el marxismo leninismo y el indianismo katarista, estos textos se aproximaron a la Revolución Nacional como un elemento reproductor de la dominación sobre la clase obrera y la opresión sobre la nación aymara.⁴ Volviendo a aquella imagen de la revolución como

2 Hemos profundizado en este aspecto de la obra de Zavaleta Mercado en Starcenbaum (2017).

3 No existen investigaciones detalladas sobre la trayectoria intelectual y política de García Linera en las décadas de 1980 y 1990. Pueden encontrarse elementos para una reconstrucción en Baker (2015), Pulleiro (2015) y Stefanoni (2015). Para un panorama del campo intelectual boliviano y sus vínculos con la política, ver Canavese y Fornillo (2013).

4 Sobre las lecturas de Lenin en el joven García Linera, ver Ortega Reyna (2017). Sobre el indianismo katarista

condensadora de los dos grandes proyectos políticos modernos, estos textos tempranos estarán enfocados en el problema de la continuidad entre el Estado oligárquico y el Estado nacional-popular.

La caracterización negativa de la Revolución de 1952 se alimentaba en gran medida de un análisis de los proyectos políticos en términos de contenido de clase. De este modo, la futura revolución obrera era contrastada con la revolución democrático-burguesa. En lo que debe también entenderse como una disputa con el resto de los actores de la política boliviana, García Linera se esforzaba por refutar el programa de continuación de la Revolución Nacional. En sus palabras, “continuar con la Revolución Nacional es continuar con la explotación de los obreros implantada antes del régimen del MNR y continuada por ellos y los gobiernos civiles-militares después de 1952” (García Linera, 1988, p. 1). En esta caracterización, la toma del poder por parte del MNR marca el inicio de la ruptura entre las masas obreras y campesinas y la dirección burguesa del proceso revolucionario. A partir de 1952, la burguesía y pequeña burguesía se convertirán en los más fieles representantes de la política contrarrevolucionaria. Analizado en términos de “matriz del ‘52”, podemos decir que para García Linera la Revolución Nacional es la inauguradora del conflicto entre capital y trabajo en la sociedad boliviana. El acontecimiento revolucionario es el hecho histórico que permite el despliegue de los rasgos inherentes a la burguesía boliviana en tanto clase dominante de un país dependiente: subordinación al imperialismo, oposición a todo cambio de las formas de dominación social y rechazo violento de las reivindicaciones de las masas trabajadoras. Abordadas desde este esquema clasista, las principales medidas políticas y económicas tomadas por el gobierno del MNR adquieren un sentido puramente contrarrevolucionario. Así ocurre con la reforma agraria, que es concebida como un paso fundamental en las necesidades de producción y reproducción de las relaciones mercantiles. La transformación del indio en campesino acarrea una serie de cambios tendientes a su conversión en una clase social explotada. En el mismo sentido, la nacionalización de las minas es considerada como un hito clave en la estabilización de las relaciones capitalistas de producción. En la perspectiva de García Linera, el proceso de nacionalización buscaba garantizar la extracción de plusvalía en favor de los administradores estatales, y a través de ellos, de la burguesía en su conjunto.

Asimismo, el análisis de la configuración económica y social boliviana posterior a 1952 está mediado por la tesis del Estado-máquina. Al caracterizar como máquina al Estado boliviano, García Linera intervenía en una problemática que está presente en el propio Marx y que marcará una parte importante del debate marxista en la segunda mitad del siglo XX. Para no ahondar demasiado en esta cuestión, podemos afirmar que esta aproximación tiende a pensar al Estado en términos de exterioridad a la lucha de clases y se opone (o complementa, según los autores que se considere) a la tesis del Estado como relación, que tiende a pensar la estructura política como atravesada por la lucha de clases. A riesgo de ser esquemáticos, podemos decir también que mientras la primera concepción tiene como consecuencia la hipótesis de la separación entre política y Estado, la segunda considera al aparato estatal como un espacio de disputa de la práctica política transformadora. En este caso, la caracterización del Estado como una máquina cobra sentido en el marco del análisis de la Revolución Nacional como hecho constitutivo de la dominación de la burguesía boliviana. El proceso nacionalizador había generado las condiciones para que el Estado sea “el capitalista más grande y poderoso, que ha concentrado la mayor cantidad de capital y las empresas estratégicas de la economía” (García Linera, 1988, p. 74). Sin embargo, dicha caracterización trascendía el análisis de la matriz de 1952 para convertirse en el soporte de una interpretación del Estado en el marco de un posicionamiento teórico y político marxista. En términos del boliviano:

...el Estado no es otra cosa que una máquina económica, ideológica y político-militar de una clase para dominar a otra; el Estado capitalista boliviano es justamente esa máquina de poder económico y político-militar que la burguesía local ha construido para dominar (explotar) al conjunto de los trabajadores de la ciudad y el campo (García Linera, 1988, p. 75).

La caracterización del Estado como máquina implica la delimitación de una práctica política marcadamente anti-estatal. Esto suponía, en primer lugar, la refutación de todas las estrategias políticas poseedoras de objetivos específicos para la transformación del Estado. Al respecto, resulta interesante destacar el esfuerzo del joven García Linera por desacreditar la idea del Estado multinacional. Era ésta una crítica que encontraba sustento en un horizonte político en el que se anudaban la lucha proletaria y la lucha aymara: la tesis de la libre autodeterminación de las naciones oprimidas se articulaba con el proyecto de nación socialista y proletaria. En este marco, el intelectual boliviano aseguraba que “no se trata de la construcción de un ‘Estado multinacional’ que no deja de ser una variante liberal del Estado burgués” (García Linera, 1988, p. 172). Se trataba, en cambio, de la implantación de la dictadura del proletariado en el contexto de la unidad socialista de las diversas naciones que habitaban el territorio boliviano. En este sentido, el único destino que le cabía al Estado era el de su extinción. En tanto el Estado es el instrumento de dominación de una clase por otra, la práctica política que posibilita la extinción de las clases sociales también debía propiciar la desaparición del aparato estatal.

y el Ejército Guerrillero Tupak Katari (EGTK), ver Hurtado (1986), Iturri Salmón (1991) y Escárzaga (2012).

En términos propositivos, la caracterización del Estado como máquina se correspondía con la defensa de un programa político de corte autonomista. García Linera planteaba un horizonte de disputa con el capital en torno al contenido de la vida social en el que la acción política fundamental le correspondía a los diversos espacios autónomos existentes. Influenciado por la física de la termodinámica de los sistemas abiertos de Illya Prigogine, apuntaba a un proceso de intercomunicación y unificación de todas las experiencias autónomas que fuese capaz de plantear un desafío al poder general del capital. La constitución de esta red de experiencias autónomas permitía garantizar tanto un efecto de totalización como la preservación de la especificidad de cada una de dichas experiencias: “se trata, en definitiva de ver cómo es que cada uno de estos avances dan forma a una ofensiva concéntrica, de cómo son parte de un impulso totalizador capaz de disputar el sentido social y material de *totalidad* al capital sin negar por ello un sólo instante la pertinencia y el compromiso de la actividad local escogida” (García Linera, [1995] 2009, p. 25). Desplazado hacia la especificidad de la formación social boliviana, el programa autonomista tomaba a las comunidades indígenas como referencia central de la acción política revolucionaria. Apuntalada por una lectura heterodoxa de Marx, fundamentalmente en lo relativo a los problemas del desarrollo y la necesidad, la interpretación de García Linera enfatizaba la posibilidad de que las comunidades indígenas se convirtieran en el punto de partida de la revolución socialista.⁵ El peso de la hipótesis de la separación entre política y Estado, así como el rol otorgado a la comunidad como espacio de no-capital, permiten comprender el lugar destacado que tienen en estos textos las definiciones sobre la futura sociedad comunista. Por ejemplo, las que aparecen en *Demonios escondidos y momentos de revolución*, donde comunismo refiere a una “gran empresa comunitaria universal en la que cada individuo productor desarrolle libremente sus capacidades como aporte al disfrute de los demás” y a un “disfrute comunitario de la multiforme producción universal de individuos con capacidades y goces universales” (García Linera, 1991, pp. 79-80).

III.

En una primera etapa del joven García Linera la aproximación a la Revolución de 1952 está mediada por los esquemas interpretativos del marxismo leninismo y el indianismo katarista. Abordado desde una perspectiva clasista, el acontecimiento revolucionario era entendido como el elemento favorecedor del despliegue de las relaciones de producción capitalistas. A su vez, centrado en el carácter oprimido de la nación aymara, el procesamiento del hecho fundador de la Bolivia contemporánea daba cuenta de la reproducción de las condiciones de sometimiento de las poblaciones indígenas. El interés de García Linera por la Revolución Nacional se sustentaba en gran medida en el hecho de que el acontecimiento de 1952 condensaba el proceso modernizador de la sociedad boliviana y la irrupción política de las masas. Ahora bien, es posible recortar otros textos de la producción temprana de García Linera en los que estas aproximaciones se presentan significativamente desplazadas. Un conjunto de artículos escritos entre fines de la década de 1990 y comienzos del nuevo siglo nos muestra una torsión en las formas en las cuales venía siendo comprendida la Revolución Nacional. Por un lado, la perspectiva clasista va dejando lugar a una indagación histórica centrada en los procesos de subalternización de las poblaciones indígenas en Bolivia. Por otra parte, la hipótesis del sometimiento de la nación aymara comienza a ser sustituida por la investigación sobre los procesos de legitimación que conducen a una exclusión de la experiencia indígena. De esta manera, textos como “Ciudadanía y democracia en Bolivia” y “Autonomías indígenas y Estado multinacional” dan cuenta de una complejización de la tesis de continuidad entre el Estado oligárquico y el Estado nacional-popular. En este sentido, la aproximación a la Revolución de 1952 se volverá cada vez más ambivalente. Por una parte, la subalternización del indígena, propiciada por el proceso revolucionario se inscribe en la larga historia de la nación boliviana, lo cual lleva al igual que en la primera etapa a relativizar las diferencias entre la experiencia nacional-popular y el régimen oligárquico. Pero, por otro lado, el alejamiento de las matrices interpretativas leninistas y kataristas habilita tanto una caracterización diferenciada del Estado nacional-popular como una valoración positiva del lugar ocupado por la Revolución Nacional en la irrupción de indígenas y campesinos en la vida política boliviana.

En un primer nivel, este desplazamiento interpretativo se evidencia en el corrimiento del problema del vínculo entre el Estado oligárquico y el Estado nacional-popular por el de la relación entre el orden colonial y el orden republicano. García Linera se esfuerza en constatar el hecho de que el nacimiento de la república boliviana implica la continuación de la estructura social colonial y, por lo tanto, de la exclusión de las poblaciones indígenas. Cortados los lazos políticos e institucionales que ataban el territorio al Imperio español, el desarrollo de la nación boliviana estuvo condicionado por la herencia de la estructura social colonial. Entre el orden colonial y el orden nacional permanecieron inalterados el sistema de tenencia de la tierra, la estratificación social, el régimen tributario y parte del aparato de administración pública. A esta constatación que, por supuesto no es exclusiva de las investigaciones de García Linera, se agregaba el problema de la pervivencia del sistema de creencias y valores sobre el que descansaba el ordenamiento social colonial. Es decir, “la racionalización de las diferencias sociales a través de la invención estatal del ‘indio’ como el ‘otro negativo’ ordenador de los esquemas simbólicos con los que las personas daban

5 Sobre este punto, ver Ortega Reyna y Torres (2017).

sentido al mundo” (García Linera, 2003a, p. 185). Ni el Estado caudillista del siglo XIX ni la llamada democracia censitaria de la primera mitad del siglo XX alteraron la exclusión política y cultural de la población indígena. Tomando dicha exclusión como variable privilegiada del análisis de la historia boliviana, el orden colonial y el orden republicano eran reunidos en una misma configuración social. Según García Linera, la sociedad boliviana podía ser entendida como una formación marcada por tres procesos interconectados. La conquista, que estableció relaciones de dominación como producto de un enfrentamiento político-militar. La colonia, que propició un ordenamiento de los espacios mediado por la identificación racial de los colonizados. Por último, la legitimación del orden social heredado a partir de una jerarquización cultural y racial entre las poblaciones que habitaban el territorio boliviano.⁶

En un segundo nivel, este acercamiento entre el orden colonial y el orden republicano tenía como correlato la apertura de una brecha entre el Estado oligárquico y el Estado nacional-popular. En esta segunda etapa, la aproximación a la Revolución Nacional se vuelve ambivalente. Se trata de una constatación que, ya en sus propios términos, nos enfrenta a un cambio en los modos de lectura predominantes hasta entonces. Es decir, los del entendimiento de los acontecimientos de 1952 en clave de perpetuación de la opresión sobre las poblaciones indígenas y campesinas. Según esta nueva interpretación, la Revolución Nacional propició un conjunto de procesos democratizadores que “transformaron *en parte* el régimen de exclusión étnica y cultural del Estado oligárquico” (García Linera, 2003a, p. 190, la cursiva me pertenece). Se advierten al respecto dos movimientos en relación a la lectura previa. Por un lado, García Linera dota de una valoración positiva a las principales medidas tomadas por el MNR. Por el otro, amplía la mirada sobre las reformas económicas para detenerse fundamentalmente en las acciones desarrolladas en pos de la incorporación de las masas a la vida política nacional. Así, el establecimiento del voto universal era comprendido en términos de ampliación del derecho de ciudadanía para millones de indígenas que hasta entonces estaban marginados de la toma de decisiones. En el mismo sentido, la expansión del sistema educativo era considerado un elemento favorecedor del ascenso social y la apropiación de saberes estatales por parte de las poblaciones indígenas. Estas políticas tenían, sin embargo, su reverso. El voto universal, por ejemplo, impuso el modelo liberal en una sociedad que tenía otras formas de organización política e institucional. Del mismo modo, la alfabetización masiva tuvo como condición la adquisición obligatoria del castellano en una sociedad que poseía una gran diversidad de idiomas. Si por un lado la Revolución Nacional llevó a cabo un proceso democratizador sin precedentes, por el otro terminó sometiendo a los pueblos indígenas a un “aplanamiento lingüístico y organizativo” (García Linera, 2003a, p. 195). Así como el MNR incorporó a los indígenas a la vida política como *hermanos campesinos*, también los relegó a los puestos más bajos en la lucha por la conquista de saberes políticos y educativos legítimos.

Si bien no dejaba de ser ambivalente, la aproximación a la Revolución Nacional estaba acompañada por un conjunto de descripciones claramente contrastantes con las realizadas en los textos de las décadas de 1980 y 1990. Por ejemplo, al referirse al proceso revolucionario en tanto ruptura con el orden social precedente, afirmaba: “fue un momento de la historia en el cual los códigos jurídicos enmudecieron, los viejos prejuicios señoriales parecieron desmoronarse, y el linaje dejó de ser suficiente argumento para conservar el monopolio de la gestión del interés colectivo” (García Linera, 1999, p. 88). O, al referirse a los indígenas y los campesinos como protagonistas de la Revolución: “la sociedad subalternada irrumpió como sujeto deseoso de hacerse responsable de su porvenir, como sujeto cargado de intenciones frente al cometido de los asuntos públicos, creando con ello una nueva legalidad de facto, que desbordó al conjunto de la sociedad” (García Linera, 1999, p. 90). Al no ser representada en términos de continuidad con el orden colonial y el orden republicano, la Revolución se convierte en un objeto específico de indagación. En sintonía con las descripciones recién citadas, los hechos de 1952 eran entendidos en términos de una acción autónoma de la plebe que dio lugar a un conjunto de transformaciones. En primer lugar, propició la participación política de los sectores subalternos, en el sentido de que la *sociedad llana* comenzó a intervenir en la gestión de lo político. Por otro lado, dio forma a una nueva institucionalidad política, en tanto la energía colectiva marcó con su impronta a los dispositivos estatales. Por último, generó un efecto de nacionalización, dado que se trató de la primera construcción política que aglutinó realmente a toda la sociedad civil.⁷

6 Decimos que este tipo de aproximaciones no fueron exclusivas de García Linera porque precisamente durante la década de 1990 se desplegaron un conjunto de análisis tendientes a la unificación del orden colonial y el nacional en una misma matriz elitista. Bajo el influjo de la revisión de la historia de la India desarrollada por la corriente subalternista, las sociedades latinoamericanas comenzaron a ser objeto de una indagación centrada en las prácticas de hegemonía cultural desarrolladas por las élites y la consecuente negación del rol activo desempeñado por el sujeto subalterno a lo largo de la historia. Ver al respecto Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos (1998).

7 La ambivalencia de la aproximación de García Linera a la Revolución Nacional puede ser puesta en diálogo con el vínculo complejo entre la perspectiva subalternista y la problemática nacional-popular. Si tomamos como referencia el “Manifiesto inaugural” del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, podemos ver que mientras que se afirma que “nación” y “lo nacional” son conceptos totalizantes de carácter no-popular, por otra parte, hay un esfuerzo por no dejar de lado el problema nacional y las formas de movilización nacional-popular. Sin embargo, como evidencia la obra de Javier

Ahora bien, según García Linera la Revolución Nacional sí tuvo una limitación en lo relativo a la forma del Estado resultante del proceso político transformador. Esta formación estatal, al igual que las otras que la precedieron, tuvo el monopolio de normativizar lo políticamente lícito y, en consecuencia, dominar o eliminar formas políticas consideradas ilícitas. En el mismo sentido que eran analizadas las principales medidas tomadas por el MNR, el análisis de los problemas de legitimación política volvía a conectar la Revolución Nacional con el orden social imperante hasta 1952. Si el Estado republicano había instaurado una *ciudadanía de castas*, la Revolución había propiciado una *ciudadanía corporativa*. Es decir que la democratización del espacio político fue meramente interpelatoria y no ejecutiva. La plebe se sintió con el derecho de hablar y exigir pero no pudo verse a sí misma como gobernante: “la imagen que de sí misma habrá de construirse la sociedad trabajadora es la del querellante, no la del soberano” (García Linera, 1999, p. 92). Un ejemplo paradigmático de la subordinación política de la plebe lo constituyó el llamado *municipio indígena*, un organismo político que se había mantenido pero que había sido absolutamente refuncionalizado según los criterios políticos, administrativos y jurídicos del Estado nacional. Resuenan aquí los ecos de las tesis autonomistas dominante en la etapa anterior. Más allá de los hechos fundantes de 1952, podían encontrarse espacios, como el ayllu o la asamblea obrera, que actuaban como formas de ciudadanía no estatales o al margen de los circuitos estatales del poder político.⁸

Un análisis de la dimensión programática de estos textos nos permite ver de un modo privilegiado la singularidad de las reflexiones desarrolladas en esta segunda etapa. La constatación del carácter limitado del proceso democratizador impulsado por la Revolución Nacional se correspondía con la apuesta por una política por fuera tanto de “las estafas liberales” como de “las autoconstricciones políticas de la época del capitalismo de Estado” (García Linera, 1999, p. 94). En términos propositivos, el boliviano planteaba la necesidad de que las prácticas políticas plebeyas, comunales y obreras salieran de su aislamiento y se expandieran por todo el espacio público. Lo que ocurriría, si dicho fenómeno finalmente tenía lugar, sería una reinención de la ciudadanía y una ampliación de la democracia más allá de los límites que se le había impuesto hasta entonces. Si bien estas formulaciones se mantenían en gran medida dentro de los marcos de cierto autonomismo, asistimos con ellas al quiebre de la tesis de separación entre política y Estado. En primer lugar, el aparato estatal deja de ser únicamente una instancia producida por las relaciones de producción capitalistas. En segundo lugar, y en sintonía con el abandono de esta idea, los espacios autónomos dejan de ser los lugares del no-capital desde los cuales se debe desplegar necesariamente la política transformadora. Las imágenes de futuro que se esbozan en estos textos ya no son las de la extinción del Estado y las del comunismo. Al respecto, una parte importante de la producción de García Linera estuvo dedicada a la reflexión sobre la forma de Estado que sería capaz de dejar atrás las limitaciones tradicionales del ordenamiento político boliviano. Y aquí la idea de un Estado multinacional no sólo no era descartada en nombre de un autonomismo radical, sino que era propuesta como la forma menos traumática de darle solución al problema de la brecha histórica entre *vida estatal* y *composición socioeconómica* del país. Si al principio de esta sección hablábamos de un corrimiento en los esquemas interpretativos que favorecía la ubicación de un quiebre histórico en la Revolución de 1952, la propuesta de un Estado multinacional y multicivilizatorio nos va ubicando en la antesala de una nueva era. La construcción de un aparato estatal de tales características constituiría el hito fundamental de la historia boliviana. El movimiento político que fuese capaz de afrontar dicha tarea sería a su vez el responsable de ponerle fin a un *simulacro histórico*, el de la modernidad política y la homogeneidad cultural en un país fundamentalmente premoderno, multicivilizatorio y pluricultural.⁹

IV.

La etapa correspondiente al García Linera vicepresidente difiere notablemente de aquellas en las cuales sus reflexiones se encuadraron en la militancia katarista o en el análisis de la realidad política y social de la Bolivia contemporánea. Por un lado, resulta evidente el cambio del lugar de enunciación, que se traslada desde el de la militancia revolucionaria y el pensamiento crítico hacia el de la dirigencia política y la función ejecutiva del Estado.

Sanjinés, el análisis de la historia boliviana a través de los esquemas subalternistas ha tendido a inclinar la balanza hacia la crítica radical de lo nacional-popular. Por ejemplo, constando que el nacionalismo revolucionario no había logrado desprenderse de la metáfora del “mestizaje ideal”, lo cual conducía a una equiparación entre los fundamentos del Estado liberal y los de la Revolución Nacional (Sanjinés, 2014). O reafirmando la diferencia entre la heterogeneidad radical del subalterno y la razón homogeneizadora del Estado, lo cual equivalía a descartar por quimérica un retorno de lo plebeyo bajo la forma modernizadora de la sociedad civil -crítica que apuntaba explícitamente a los trabajos de García Linera (Sanjinés, 2009).

⁸ Es esta etapa, García Linera incluso seguía valorando la idea del Estado-máquina y la hipótesis de transformar la sociedad “sin tomar el poder”. Ver el seguimiento de los avatares del EZLN (García Linera, 2003b).

⁹ Siguiendo a Quiroga (2018), podemos afirmar que este movimiento anuncia el pasaje de lo nacional-popular a lo plurinacional-popular.

Por el otro, es innegable el desplazamiento de conceptos, esquemas interpretativos y filiaciones teóricas y políticas sobre las cuales se asientan sus reflexiones. Creemos, sin embargo, que el abordaje de esta última etapa a través de las preguntas que guían nuestra investigación, así como la prolongación del recorrido que venimos realizando, nos permiten dotar de cierta inteligibilidad los términos en los cuales se despliegan sus producciones más recientes. Vimos en la primera sección del trabajo que los textos tempranos de García Linera propiciaban una clausura sobre la problemática de lo nacional-popular. Tanto el esquema leninista como la variable indianista ofrecían una imagen de la Revolución Nacional como mera prolongación de la explotación sobre el campesinado y de la opresión sobre las poblaciones indígenas. Vimos luego que el relativo abandono de dichos marcos interpretativos dio lugar a una aproximación ambivalente a los hechos de 1952. Si por un lado el MNR había propiciado la incorporación de las masas a la vida política boliviana, por el otro los había subalternizado dentro de un esquema normativo que segregaba a las poblaciones indígenas. Constatamos, por último, que el pasaje desde posiciones clasistas e indianista hacia esquemas subalternistas estuvo acompañado por una resignificación de la estructura y la función del aparato estatal. Si en un primer momento, la clausura de lo nacional-popular cobraba sentido en el marco de la tesis de separación entre política y Estado, en el otro la interpretación de la Revolución Nacional desde una perspectiva subalternista implicó tanto la crítica del Estado nacionalista como la posibilidad de un Estado multinacional y multicivilizatorio. En este marco, no resulta llamativo en absoluto que las reflexiones realizadas al calor de las revueltas de 2003 y las elecciones de 2005 hayan estado orientadas a precisar las particularidades de esta nueva irrupción de las masas en la vida política boliviana y a discutir las formas en las cuales debía ser conducido este ciclo político.¹⁰

Junto a esta clave de lectura, creemos necesario introducir la hipótesis de que el tratamiento de lo nacional-popular en esta nueva etapa también está atravesado por las vicisitudes del proceso político boliviano. Al igual que la división en dos etapas del joven García Linera nos permitió un acercamiento productivo a sus trabajos de las décadas de 1980 y 1990, una atención diferenciada a los momentos de esta tercera etapa nos proporciona una imagen más compleja de los textos escritos durante los últimos quince años. En este sentido, podemos pensar que si “Crisis del Estado y sublevaciones indígena-plebeyas en Bolivia” se inscribe en el contexto de revueltas que puso fin a la experiencia neoliberal, y “El evismo: lo nacional-popular en acción” y *Del Estado neoliberal al Estado plurinacional* se centran en los requerimientos de la práctica política transformadora luego del acceso de Evo Morales a la presidencia, textos como “Estado, socialismo y democracia” y *Las tensiones creativas de la revolución* abordan los problemas de profundización del proyecto político e intervienen en las discusiones suscitadas entre intelectuales y dirigentes bolivianos acerca del rumbo tomado por el gobierno del MAS. En este sentido, el tratamiento al que García Linera somete la dinámica política boliviana en el contexto de la crisis del Estado neoliberal resulta paradigmático. No nos encontramos allí con un vicepresidente que subsume los debates teóricos y políticos en las necesidades de la gestión del Estado. Lo que se observa en aquellas producciones es un análisis de las fuerzas sociales en disputa y su relación con el Estado claramente enmarcado en las torsiones que venía atravesando su trayectoria intelectual desde la década de 1990. Antes siquiera de convertirse en candidato a vicepresidente, el contexto de crisis de los primeros años del presente siglo le permitió a García Linera contrastar con hechos políticos del presente un conjunto de reflexiones que venían teniendo como objeto la historia boliviana reciente. Al respecto, resulta sintomático que en el tratamiento del problema de lo nacional-popular la referencia a los hechos de 1952 vaya cediendo lugar frente a la sublevación indígena y campesina de comienzos del siglo XXI. Igual de relevante resulta el hecho de que el desplazamiento del objeto de indagación no modifique los términos en los cuales García Linera venía pensando los principales problemas de la vida política boliviana. Por caso, sus textos describen la coyuntura política iniciada en el año 2000 como un proceso de progresiva incorporación de sectores sociales en las decisiones políticas. Lo que se venía produciendo era un crecimiento de las organizaciones de base y un debilitamiento de la autoridad estatal. A su vez, el protagonismo de indígenas y campesinos había generado la reacción de los sectores tradicionalmente privilegiados. De este modo, la situación quedaba delineada a partir del accionar de dos grandes polos políticos. Uno indígena y campesino, que pugnaba por una economía centrada en el mercado interno, un Estado interventor y espacios de decisión política para las poblaciones indígenas. El otro, monopolizado por el empresariado, que empujaba hacia la apertura de la economía, la subordinación del Estado a los negocios privados y la supervivencia del orden racializado.¹¹

10 En relación a la continuidad problemática con las etapas anteriores, véase por ejemplo el siguiente pasaje en el que el boliviano caracteriza las rebeliones indígenas de 2003: “el Estado boliviano, en cualquiera de sus formas históricas, se ha caracterizado por el desconocimiento de los indios como sujetos colectivos con prerrogativas gubernamentales. Y el hecho de que hoy aparezcan los indios, de manera autónoma y como principal fuerza de presión demandante, pone en cuestión, precisamente, la cualidad estatal, heredada de la colonia, de concentrar la definición y control del capital estatal en bloques sociales culturalmente homogéneos y diferenciados de las distintas comunidades culturales indígenas que existieron antes de que hubiera Bolivia” (García Linera, 2004, p. 35).

11 Estas hipótesis de lectura cobran relevancia en el marco de una aproximación predominante a los textos tardíos de García Linera que tiende a subrayar el contraste con los textos tempranos y la subordinación de la producción teórica y el análisis político a las vicisitudes de la gestión estatal. Con las diferencias del caso, puede verse esta lectura en Stefanoni

La resolución de esta disputa a través de la victoria del Movimiento Al Socialismo (MAS) en el 2006 representa el comienzo de un segundo momento en esta última etapa de García Linera. La conjunción de las dos variables de lectura recientemente mencionadas nos proporciona una imagen más matizada de su *pasaje* hacia lo electoral y lo estatal. En este sentido, la caracterización del evismo como *lo nacional-popular en acción* representa de manera acabada la articulación entre las reflexiones políticas e históricas de las etapas anteriores y el despliegue contemporáneo del movimiento indígena y campesino. Por un lado, esta concepción de lo nacional-popular en términos dinámicos implicaba una historización de los distintos estadios atravesados por el movimiento social liderado por Evo Morales. El recorrido histórico planteado por García Linera se concentraba en el evismo como una estrategia de poder que se había desplegado en tres etapas: la de la resistencia local entre 1987 y 1995, la de la búsqueda de alianzas entre 1995 y 2001, y la de la ofensiva hacia la toma del poder entre 2001 y 2006. Pero a su vez, esta historización daba cuenta de las formas singulares de politicidad que había ido asumiendo el evismo a lo largo de todos esos años. Es decir, aquella estrategia de poder se diferenciaba de las desplegadas por otros colectivos políticos. Según el boliviano, el componente fundamental del evismo era una estrategia de lucha por el poder fundada en los movimientos sociales. El evismo rompía con la lógica previa de movilización de los sujetos subalternos mediante la construcción de una vanguardia política cohesionada. Los movimientos sociales ya no eran la base de los proyectos políticos sino sus actores directos. De allí que el ya vicepresidente se refiriera al evismo como “una forma de auto-representación político-estatal de la sociedad plebeya” (García Linera, 2006, p. 26). Asimismo, el evismo se diferenciaba de otros movimientos sociales por tener al discurso de la identidad y la presencia indígena como núcleo articulador de su estrategia política. Si por un lado el movimiento había sido capaz de autorrepresentarse políticamente, por el otro había resignificado la identidad indígena de un modo que le permitió establecer las alianzas necesarias para llegar al poder. A diferencia de otras corrientes indigenistas, el indianismo flexible del evismo había habilitado una apertura política a sectores blancos y mestizos que resultó clave en el proceso de crecimiento del MAS. En lo que sí podría ser visto como un desplazamiento radical de posiciones anteriores, el boliviano aseguraba que mientras el indianismo radical aymara tenía un horizonte principalmente político y se proponía como excluyente de otras formas de entender la indianidad, el indianismo de Morales era ante todo cultural y por ello podía “convocar a sectores más amplios de la nación para incluirlos en un proyecto renovador” (García Linera, 2006, p. 27).

Los textos en los que García Linera analiza el despliegue del proyecto político del MAS condensan una mirada doble sobre la historia boliviana contemporánea. Por un lado, cobra peso la caracterización del evismo como una experiencia nacional-popular en la que se resuelven las contradicciones que arrastraba esta tradición política desde la Revolución de 1952. El evismo se presentaba como superación del nacionalismo revolucionario dado que ubicaba al indígena, y no a las clases medias letradas, como el núcleo articulador de la nación. Esta operación implicaba, por un lado, una diferenciación de las formas de lo nacional en ambas experiencias políticas. Aquí se mantenían los términos de las interpretaciones anteriores sobre la Revolución Nacional: si bien a partir de 1952 se habían desarrollado procesos de ciudadanía efectivos, también había permanecido inalterada la hegemonía de la blanquitud de las élites. Con el evismo, “cincuenta años después, el indio es ya un sujeto político autónomo que propone un nuevo modelo de nacionalismo expansivo, una nación multicultural que resalta la ‘unidad en la diversidad’” (García Linera, 2006, p. 28). Por otro lado, el contrapunto entre ambas experiencias redundaba en una inscripción diferenciada de cada una de ellas en la tradición nacional-popular. Tanto el MNR como el MAS impulsaban la incorporación de las masas indígenas y campesinas a la vida política nacional. Sin embargo, mientras la Revolución Nacional había basado dicho proyecto en los principios del nacionalismo revolucionario, el evismo inscribía su programa político en un linaje más radical. Si bien el evismo retoma elementos de la tradición nacionalista revolucionaria, “transita más bien la vertiente de lo nacional popular, cuyo filo todavía es más revolucionario, y cuyas raíces en Bolivia pueden rastrearse en el despertar de las masas promovido por Belzu en el siglo XIX, incorporando fácilmente otras experiencias emancipatorias como el zapatismo y la lucha de líderes influidos por las ideas marxistas” (García Linera, 2006, p. 28).

Hablamos de una mirada doble porque al mismo tiempo que estos textos dan cuenta de la relación entre el evismo y la Revolución Nacional, también les otorgan un lugar privilegiado a los problemas relativos a la construcción del nuevo Estado. En este sentido, el trabajo de García Linera se orientó hacia una caracterización de las transformaciones propiciadas por el evismo en el marco de la construcción de un Estado plurinacional. Si la primera mirada intentaba constatar la singularidad del evismo hacia el pasado, esta segunda buscaba precisar

(2015), quien habla de un pasaje con escasas mediaciones desde el autonomismo hacia una defensa casi hegeliana del Estado; Webber (2015), quien afirma que las provocaciones de sus primeros textos pasan luego a estar eclipsadas por una apología de la gestión; y Schávelzon (2018), para quien los textos tardíos dan cuenta de una resignación frente a las leyes de la economía capitalista y un abandono de la voluntad de crear poder desde abajo. Una lectura más matizada, no sólo centrada en los textos de García Linera sino también en la dinámica del proceso político boliviano, puede verse en Cavoors (2017).

las formas de su desenvolvimiento en el presente y en el futuro. Es en relación a este problema que García Linera introdujo la hipótesis de la existencia de cuatro etapas entre el viejo Estado boliviano y el nuevo Estado plurinacional. Esta explicación, que es relativamente conocida por la tendencia del boliviano a repetirla en varios textos y conferencias y por haber concitado el interés de algunas indagaciones sobre su obra y trayectoria, segmenta en fases el proceso político desarrollado entre los años 2000 y 2008. La primera de ellas, la del develamiento de la crisis, entre 2000 y 2003, en la que comienza a ser disputado el sentido común de la época. La segunda, la del empate catastrófico, entre 2003 y 2005, en la que se produce el enfrentamiento entre los dos bloques sociales por el liderazgo intelectual, moral y político. La tercera, la de sustitución de los bloques sociales, entre 2005 y 2008, en la que el enfrentamiento se resuelve a través de una transformación de la relación entre los bloques. Por último, la del punto de bifurcación, que se inicia en 2008, y que da inicio a la construcción de la nueva estructura estatal con el consecuente tensionamiento de fuerzas que este proceso genera.¹²

Hacia el final de esta tercera etapa se encuentran un conjunto de postulados que pueden ser entendidos como el punto de llegada de una reflexión sobre el Estado que se inicia a fines de la década de 1980. La operación de clausura sobre la experiencia de la Revolución Nacional se correspondía con el sostenimiento de la hipótesis del Estado-máquina. Esta caracterización posibilitó en aquellos años tanto la idea de que el Estado constituye un elemento exterior a la lucha de clases como la tesis de la separación radical entre política y aparato estatal. En la segunda sección vimos cómo la Revolución de 1952 comenzaba a ser habilitada a la par que se desarrollaba una caracterización ambivalente del Estado. Puede afirmarse que el García Linera de fines de la década de 1990 y comienzos del nuevo siglo concibe al aparato estatal simultáneamente como máquina y como relación. Esta tercera etapa puede ser considerada el final de esta parábola interpretativa dado que sus textos están atravesados tanto por una defensa de la tesis del Estado como relación como por una desacreditación de la hipótesis del Estado-máquina. En consecuencia, el cierre de este ciclo implica la idea de que el Estado está atravesado por las relaciones sociales y la tesis de que la lucha política debe necesariamente atender la dimensión estatal.

En este sentido, resulta relevante el hecho de que García Linera se convirtiera en los últimos años en un lector entusiasta de Nicos Poulantzas, el teórico marxista que más ha insistido en la idea del Estado como relación a través de la caracterización del aparato estatal como “condensación material de relaciones de fuerza”. A través de Poulantzas, García Linera propicia una intervención en el campo del marxismo en la que se cruzan dos destinatarios y dos tiempos históricos. Por un lado, la productividad de la hipótesis del Estado como relación permitía advertir hacia el pasado los efectos negativos de la idea del Estado-máquina. A su entender, la interpretación del Estado como un aparato externo a la sociedad “fue la que dio origen a las fallidas estrategias elitistas o reformistas de destrucción o de ocupación del Estado que supusieron, en ambos casos, la consagración de nuevas élites dominantes” (García Linera, 2015, p. 12). Por otra parte, la concepción del Estado como condensación de relaciones de fuerza permitía enfrentar las críticas al gobierno de Morales realizadas desde posiciones autonomistas. De este modo se refutaban las distintas versiones de la propuesta de “cambiar el mundo sin tomar el poder”, la cual era caracterizada como una posición abdicante del poder del Estado. Creer que el Estado condensa relaciones sociales permitía ubicar en el campo del conservadurismo político a aquellas posiciones que reniegan del Estado en su práctica transformadora. Según el boliviano, en este tipo de razonamientos “se deja inerte a las clases subalternas ante la realidad de su propia historia, de sus propias luchas por construir bienes comunes, de sus propias complicidades inertes con la estatalidad constituida” (García Linera, 2015, pp. 13-14).

V.

La presencia de lo nacional-popular en la obra de García Linera no escapa a los modos recurrentes en los cuales dicho problema ha aparecido en esa franja teórica que el boliviano comparte junto a unos otros pocos marxistas latinoamericanos. La aproximación a esta problemática en términos afirmativos está condicionada por el desarrollo de experiencias políticas que trastocan los esquemas tradicionales a través de los cuales el marxismo había arraigado en el subcontinente. Entre la militancia katarista de su juventud y la reflexión sobre el Estado de los últimos años, la obra de García Linera atraviesa un conjunto de torsiones en relación a los modos de vincularse teóricamente con los movimientos de masas desarrollados en su país. Una lectura de sus textos mediada por una indagación sobre los términos de su aproximación a las experiencias nacional-popular y una pregunta acerca de los desplazamientos en la comprensión de lo nacional y lo popular nos permitió recortar tres modos en los cuales dicha problemática se presenta en su obra. El primero de ellos se desarrolla entre mediados de la década de 1980 y mediados de la de 1990 y se caracteriza por una mirada absolutamente negativa de la experiencia de la Revolución Nacional. A través de un posicionamiento autonomista delineado por el marxismo-leninismo y el indigenismo katarista, el Estado

12 Un análisis detallado del problema de las fases de transformación del Estado puede verse en Tzeiman (2018).

nacional-popular era concebido como el paso necesario en el desarrollo de una economía capitalista moderna. La hipótesis del Estado-máquina y la concepción de lo comunitario como el espacio del no-capital empujaba el horizonte de la acción política hacia el fortalecimiento y articulación de experiencias autónomas. En el segundo de ellos, que tiene lugar entre mediados de la década de 1990 y los primeros años del presente siglo, asistimos a un desplazamiento de la mirada anterior que redundó en una interpretación ambivalente de la Revolución Nacional. El relevo de los esquemas leninistas y kataristas por una perspectiva subalternista da lugar a un pensamiento sobre las implicaciones de 1952 en el que tiene lugar tanto la valoración de la irrupción de las masas en la vida política como la advertencia acerca de la persistencia de la subordinación indígena. Puede afirmarse que este movimiento habilita la problemática de lo nacional-popular a condición de realizarle una corrección en lo relativo a la cuestión étnica. Constatamos finalmente que el despliegue del evismo habilita una asunción plena del problema de lo nacional-popular. Matizando algunas lecturas que tienden a pesar este momento en términos de un corte abrupto con sus posiciones anteriores, analizamos el modo a través del cual los acontecimientos de comienzo de siglo le permitieron a García Linera contrastar con un proceso histórico concreto las reflexiones que venía desarrollando la etapa anterior. En tanto el evismo había resuelto las contradicciones que la tradición nacional-popular arrastraba desde la Revolución Nacional, la mirada sobre el desarrollo de este movimiento de masas se enfocará en el problema de las fases atravesadas por esta experiencia política en tanto proceso que transforma de manera revolucionaria la realidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Baker, P. (2015). "The Phantom, The Plebeian and the State: Grupo Comuna and the Intellectual Career of Álvaro García Linera". *Viewpoint Magazine*.
- Canavese, M. y Fornillo, B. (2013). "Política e intelectuales en la historia reciente de Bolivia (1985-2012)". *Historia y Espacio*, 41, pp. 159-185.
- Cavooris, R. (2017). "Turning the Tide: Revolutionary Potential and the Limits of Bolivia's 'Process of Change'". *Socialist Register*, 53, pp. 187-206.
- Escárzaga, F. "El Ejército Guerrillero Tupak Katari (EGTK), la insurgencia armada en Bolivia". *Pacarina del Sur. Revista de Pensamiento Crítico Latinoamericano*, 11 (3).
- [Qhananchiri] García Linera, A. (1989). *Las condiciones de la revolución socialista en Bolivia (a propósito de obreros, aymaras y Lenin)*. La Paz: Ofensiva Roja.
- [Qhananchiri] García Linera, A. (1990). *Crítica de la Nación y la Nación Crítica Naciente*. La Paz: Ofensiva Roja.
- [Qhananchiri] García Linera, A. (1991). *De demonios escondidos y momentos de revolución. Marx y la revolución en las extremidades del cuerpo capitalista*. La Paz: Ofensiva Roja.
- García Linera, A. [1995] (2009). *Forma valor y forma comunidad. Aproximación teórica-abstracta a los fundamentos civilizatorios que preceden al Ayllu universal*. La Paz: CLACSO-Muela del Diablo-Comuna.
- García Linera, A. (1999). "Ciudadanía y democracia en Bolivia (1900-1998)". *Revista de Ciencia Política*, IV (4), pp. 85-99.
- García Linera, A. (2003a). "Autonomías indígenas y Estado multinacional. Una lectura de la descentralización regional a partir de las identidades culturales". En: AAVV. *La descentralización que se viene. Propuestas para la (re)constitución del nivel estatal intermedio* (pp. 169-202). La Paz: FES-ILDIS-Plural.
- García Linera, A. (2003b). "El zapatismo: indios insurgentes, alianzas y poder". *OSAL. Observatorio Social de América Latina*, IV (12), pp. 293-300.
- García Linera, A. (2004). "Crisis del Estado y sublevaciones indígena-plebeyas en Bolivia". En: A. García Linera, L. Tapia y R. Prada. *Memorias de octubre* (pp. 27-86). La Paz: Muela del Diablo-Comuna.
- García Linera, A. (2006). "El evismo: lo nacional-popular en acción". *OSAL. Observatorio Social de América Latina*,

- VII (19), pp. 25-32.
- García Linera, A. (2008). *Del Estado neoliberal al Estado plurinacional autónomo y productivo*. La Paz: Vicepresidencia de la República.
- García Linera, A. (2011). *Las tensiones creativas de la revolución. La quinta fase del Proceso de Cambio*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional.
- García Linera, A. (2015). *Estado, democracia y socialismo*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional.
- Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos (1998). "Manifiesto inaugural". En: S. Castro-Gómez y E. Mendieta. *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)* (pp.85-100). México D.F., Porrúa.
- Hurtado, J. (1986). *El Katarismo*. La Paz: Instituto de Historia Social Boliviana.
- Iturri Salmón, J. (1992). *EGTK: la guerrilla aymara en Bolivia*. La Paz: Vaca Sagrada.
- Pulleiro, A. (2015). "Ideólogo guerrillero, académico e intelectual-funcionario. Notas para una trayectoria intelectual de Álvaro García Linera". *Épocas. Revista de Ciencias Sociales y Crítica Cultural*, 1.
- Ortega Reyna, J. (2017). "Órbitas de un pensamiento: Lenin y el marxismo en América Latina". *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, 65, pp. 227-255.
- Ortega Reyna, J. y Torres, T. (2017). "El rechazo de lo inerte: Álvaro García Linera y sus primeras lecturas de Marx". *Kavilando. Revista de Ciencias Sociales*, 9 (2), pp. 457-470.
- Quiroga, M.V. (2018). "Tradiciones políticas y hegemonía. Hacia lo plurinacional-popular en Bolivia". *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, 67, pp. 39-63.
- Sanjinés, J. (2009). *Rescaldos del pasado. Conflictos culturales en sociedades postcoloniales*. La Paz: Programa de Investigación Estratégica en Bolivia.
- Sanjinés, J. (2014). "Narrativas de identidad. De la nación mestiza a los recientes desplazamientos de la metáfora social en Bolivia". *Cuadernos de Literatura*, XVIII (35), pp. 28-48.
- Schávelzon, S. (2018). "Teoría de la revolución en Álvaro García Linera: centralización estatal y elogio de la derrota". *Rebelión*.
- Starckenbaum, M. (2017). "La persistencia de lo nacional-popular (a propósito de historia y política en René Zavaleta Mercado)". *Trabajos y Comunicaciones*, 46, pp. 1-13.
- Starckenbaum, M. (2018). "Lo nacional-popular y el marxismo latinoamericano". *Religación. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 3 (12), pp. 9-14.
- Stefanoni, P. (2015). "Álvaro García Linera: pensando Bolivia entre dos siglos". En: A. García Linera. *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia* (pp. 9-26). Buenos Aires: CLACSO-Siglo XXI.
- Tapia, L. (2012). "Los escritos sobre el 52". *Ciencia y Cultura*, 29, pp. 9-17.
- Tzeiman, A. (2018). "Álvaro García Linera: aportes teóricos sobre el Estado y la transición en el siglo XXI latinoamericano". *Religación. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 12 (3), pp. 42-56.
- Webber, J. (2015). "Burdens of State Manager". *Viewpoint Magazine*.
- Zavaleta Mercado, R. (1978). "El proletariado minero en Bolivia". *Revista Mexicana de Sociología*, XL, pp. 517-559.